

NARRACIONES TERRORIFICAS



LESKOV
DAUDET
ANDREIEV
BIERCE
LOVECRAFT
BRION
SIEGNOLLE
TENN
BRADBURY
PETAJA
SAROYAN
BLOCH
BURRAGE
BRETNOR
ALVAREZ VILLA

OCTAVA SELECCIÓN

Antología de cuentos de misterio de diferentes autores, publicados por la editorial ACERVO durante los años 1960 y 1970, que se editó en una colección de diez tomos.

EL ÁGUILA BLANCA

NICOLÁS LESKOV

I

Hay más cosas en la tierra...

Entre nosotros existe la costumbre de empezar así relatos semejantes, escudándose en Shakespeare para evitar los dardos de ciertos «espíritus fuertes» que no admiten lo desconocido. Por mi parte, creo que existen realmente «cosas» muy extrañas e incomprensibles, a las que a veces se da el nombre de *sobrenaturales*, y confieso que escucho de buena gana los relatos de ese tipo. Por eso, cuando hace un par de años, en un acceso de infantilismo, nos pusimos a jugar a los espiritistas, acepté encantado ingresar en uno de esos círculos cuyos estatutos exigen el tratar únicamente con espíritus desencarnados, con sus apariciones y con su influencia en el destino de los vivientes.

Cada uno de nosotros debía, a su vez, relatar algún incidente fantástico de su propia vida, pero como el arte de la narración no ha sido concedido a todo el mundo, nos preocupábamos muy poco del aspecto artístico del relato. Tampoco se exigían pruebas. Si el narrador afirmaba que el acontecimiento había sucedido, se le creía, o por lo menos se fingía creerle. Nuestra ética lo había decidido así.

Todo aquello me interesaba especialmente desde un punto de vista objetivo. Que existen «más cosas de las que ha soñado la filosofía» es algo que no dudo. Pero, ¿cómo se revelan esas cosas a cada uno de nosotros? He aquí lo que me apasionaba en sumo grado.

Lo que me propongo narrar es un incidente de esa clase, precisamente...

II

El «mártir de servicio», es decir, el narrador de turno, era un personaje bastante bien situado y, además, muy original: Galaktion Illitch, apodado, jocosamente, «el dignatario mal recibido». El apodo era una especie de juego de palabras. En efecto, el padre de Galaktion Illitch había sido siervo y desempeñaba el cargo de bodeguero en una casa noble. Liberado de la servidumbre, se convirtió en filántropo y fundador de iglesias, y en recompensa le concedieron (para esta vida percedera) una condecoración y (para la vida futura) un lugar en el reino de los cielos. Dio a su hijo una formación universitaria y le hizo un hombre, pero el recuerdo del humilde origen del padre gravitó pesadamente sobre su heredero. Galaktion Illitch ascendió ciertos escalones y fue recibido en el mundo, pero la maledicencia pública le otorgó para siempre el apodo de *mal recibido*.

Dudo que alguien fuera capaz de juzgar con exactitud la inteligencia y los dones de Galaktion Illitch. En cuanto a lo que podía hacer, todos lo ignoran, desde luego. Se comportaba de un modo sencillo y franco. En los primeros tiempos, gracias a los desvelos de su padre, encontró un empleo en casa del conde Víctor Nikitich Panine, el cual apreciaba al anciano por algunos méritos que únicamente él conocía. Después de haber acogido al hijo bajo sus alas, le hizo cruzar con bastante rapidez el umbral más allá del cual uno empieza a «lanzarse».

De todos modos, hay que creer que poseía ciertas cualidades que permitieron a Víctor Nikitich hacerle ascender. Pero en el mundo, en la sociedad, Galaktion Illitch no obtuvo ningún éxito y no se vio colmado, todo hay que decirlo, de alegrías terrenales. Galaktion Illitch tenía una salud frágil y un aspecto catastrófico. Tan larguirucho como su difunto protector, el conde Víctor Nikitich, carecía de su majestuosa presencia. Por el contrario, inspiraba un espanto mezclado

con una sensación de desagrado. Era a la vez un típico pa-lurdo campesino y un verdadero cadáver viviente. Alto, delgado, su piel grisácea parecía encontrarse con dificultades para cubrir su esqueleto. Una frente muy ancha, seca y amarillenta; sobre las sienes, una floración ondulante, pálida y cadavérica. Una nariz corta y achatada, ni rastro de cejas, una boca siempre entreabierta dejando al descubierto unos dientes largos y brillantes, y unos ojos sombríos, glaucos, perdidos en unas órbitas profundas y realmente negras.

Al verle se experimentaba un verdadero terror.

A decir verdad, el físico de Galaktion Illitch había sido, en su juventud, más espantoso todavía. Al envejecer había mejorado, hasta el punto de que se llegaba a soportarle sin horror.

Estaba dotado de un carácter jovial y de un corazón sensible, e incluso, como podremos comprobar muy pronto, sentimental. Le gustaba soñar, y, al igual que la inmensa mayoría de los seres tímidos, escondía sus sueños en lo más profundo de su ser. En su fuero interno era más poeta que funcionario, y estaba ávidamente enamorado de la vida, aunque no se aprovechaba nunca de ella como hubiera deseado.

Llevaba la desgracia consigo, y sabía que le acompañaría implacablemente, fielmente, hasta la tumba. El propio ascenso con que fue recompensado en su servicio escondía para él un profundo cáliz de amargura: sospechaba que el conde Víctor Nikitich le mantenía a su lado en calidad de secretario a causa de la abrumadora impresión que producía. Los visitantes que hacían antesala en casa del conde y que tenían que exponer previamente a Galaktion Illitch el motivo de su visita, perdían la compostura y desfallecían, cosa de la que él no dejaba de darse cuenta. Gracias a él, pues, una entrevista personal con el conde se convertía para todo el mundo en una excursión de placer...

Con el paso de los años, Galaktion Illitch dejó de ser un funcionario cargado de informes y se convirtió en un personaje que recibe informes. Se le confió una misión muy importante y delicada en una ciudad lejana. Y allí fue donde le sucedió la aventura sobrenatural, cuyo relato nos hizo personalmente en el círculo a que antes he aludido.

III

«Hace más de veinticinco años —empezó el *dignatario mal recibido*— llegaron a San Petersburgo ciertos rumores: el gobernador de la ciudad de P. había cometido, se decía, numerosos abusos de poder. Los abusos alcanzaban una gama muy amplia, con ramificaciones en casi todos los estamentos oficiales. Se decía que el gobernador había propinado, con su propia mano, bastonazos y latigazos, que se había apropiado (de acuerdo con el administrador de sus bienes) de toda la cosecha de vino de la región. Se aseguraba que había ordenado medidas arbitrarias en su provincia, que pretendía examinar el correo, dando curso a las cartas que le complacían y haciendo pedazos o arrojando al fuego las que no eran de su agrado, para abrumar luego con su venganza al remitente y al destinatario. Se decía que encarcelaba a la gente. Y, sin embargo, era un artista por naturaleza. Mantenía una importante y excelente orquesta, adoraba la música clásica y él mismo tocaba muy bien el violoncelo.

Durante mucho tiempo, la cosa quedó en simples rumores. Hasta que un día, un modesto funcionario de la región se presentó en San Petersburgo para hacer un relato detallado de todo el asunto y presentar una denuncia en regla.

En realidad, la denuncia justificaba el inmediato envío de un comité de investigación senatorial. Pero se daba el

caso de que el gobernador y el administrador en cuestión gozaban de la estima del difunto emperador. Meterse con ellos no resultaba tan sencillo como parecía. Víctor Nikitich decidió enviar a una persona de toda su confianza para que investigara seriamente el caso. La elección recayó en mí. El conde me llamó.

—Se trata de lo siguiente —me dijo—. He recibido ciertas informaciones absurdas y temo que no tengan el menor fundamento. Sin embargo, antes de adoptar ninguna medida, quiero investigar más de cerca y he decidido encargáros del asunto.

Me incliné y respondí:

—Haré todo lo que esté en mi mano.

—Estoy convencido —continuó el conde— de que puedo confiar en vos para el mejor desempeño de esta misión. Poseéis un don especial, gracias al cual la gente os confesará toda la verdad, en vez de contaros faramallas.

(El don en cuestión —nos explicó el narrador con una amable sonrisa— es mi triste apariencia que engendra la depresión. Pero hay que sacar provecho de lo que nos ha sido concedido).

—Todos vuestros documentos están ya preparados —dijo el conde—, lo mismo que el dinero. Pero vais a ocuparos *únicamente* de lo que afecta a nuestros servicios. ¿Habéis comprendido? *Únicamente*...

—Comprendo —dije.

—Tenéis que dar la impresión de que las malversaciones que afectan a los otros servicios no os interesan. He dicho *dar la impresión*, ya que en realidad debéis descubrirlo *todo*. Os acompañarán unos funcionarios que ya están advertidos. En cuanto lleguéis, pondréis manos a la obra, simulando que os dedicáis por entero a la revisión de los informes de las cancillerías. De hecho, lo examinaréis *todo* con la mayor atención... Convocad a los funcionarios locales a fines consultivos, y... adoptad vuestro aire *más severo*. Y no os deis prisa en regresar. Yo os mandaré aviso cuando esti-

me conveniente que volváis. ¿Cuál es vuestra condecoración más reciente?

—La cruz de San Vladimiro, de segunda categoría, con corona —respondí.

Una de las manos enormes del conde levantó su célebre y pesado pisapapeles «El pájaro muerto», dejando al descubierto su bloc de notas. La otra mano empuñó un gigantesco lápiz de ébano. Luego, sin tratar de ocultarlo a mi vista, escribió mi nombre al lado de la anotación. «Águila blanca».

Así pude conocer la recompensa que me esperaba si desempeñaba con éxito la misión que me había sido encomendada. Salí de San Petersburgo al día siguiente, sin la menor inquietud.

Me acompañaban mi criado legor y dos funcionarios del Senado, dos hombres astutos y mundanos.

IV

Llegamos sin ningún tropiezo a la ciudad, alquilamos un apartamento y nos instalamos allí todos, mis dos funcionarios, el criado y yo.

El alojamiento era tan cómodo que me permití rechazar otro más lujoso que me ofreció el gobernador. Como se comprenderá, no sentía el menor deseo de tener que agradecerle nada. Sin embargo, no sólo intercambiamos una visita, sino que fui a su casa un par de veces para escuchar unos cuartetos de Haydn. Por lo demás, no soy un gran aficionado a la música, ni un gran conocedor, y mis contactos con el gobernador se redujeron a lo estrictamente indispensable. No estaba encargado de comprobar su amabilidad, sino sus entuertos...

Debo confesar que el gobernador, un hombre inteligente y hábil, no me importunó con sus atenciones. Simulaba dejar que me ocupara tranquilamente de los archivos y de los informes que entraban y salían, pero yo percibía una especie de hormigueo a mi alrededor. Buscaban a tientas mi lado vulnerable, sin duda para poder sobornarme más tarde.

Para vergüenza del género humano debo confesar que no considero incapaz de intrigar ni siquiera al bello sexo. Empezaron a presentarse damas, cargadas, ora de reclamaciones, ora de peticiones, pero siempre con alguna maquinación en la mente, cosa que nunca dejaba de asombrarme.

Sin embargo, recordé el consejo de Víctor Nikitich: *adoptar el aire más severo posible*, y las graciosas apariciones empezaron a desvanecerse de mi horizonte, ya que no se sentían a gusto en mi presencia. En cambio, mis funcionarios obtenían muchos éxitos en ese terreno. Yo lo sabía y no les prohibía ni el cortejar, ni el que se hicieran pasar por hombres muy importantes. Incluso me resultaba útil verles evolucionar en ciertos medios y obtener victorias sobre los corazones. Únicamente exigía que no se produjera ningún escándalo y que me tuvieran al corriente de los detalles de la política provincial que parecieran tener cierta importancia a sus ojos.

Hombres concienzudos, hicieron revelaciones: por medio de ellas, todo el mundo trataba de descubrir mis puntos flacos y mis gustos.

En realidad, nunca hubiesen podido conseguirlo porque, a Dios gracias, no me conozco debilidades particulares. Y mis gustos, hasta donde alcanzan mis recuerdos, han sido siempre sumamente sencillos. Toda mi vida he comido frugalmente. Lo más que bebo es un vasito de jerez. En cuanto a los postres —desde niño he sido algo goloso—, prefiero una sandía de Astrakan, una pera de Kurks o un trozo de turrón a las más refinadas elaboraciones de la pas-

telería. Nunca he envidiado la fortuna, la fama, la belleza o la felicidad de nadie. Si hay algo que me inspira celos, confieso que es la salud. Y la palabra «celos» no define con exactitud lo que siento. La vista de un hombre rebosante de salud no me inspira un despecho que me haga exclamar: «¿Por qué él, y no yo?» Por el contrario, le contemplo con alegría, pensando en el cúmulo de bienandanzas y de placeres que le son accesibles, y me pongo a soñar en la imposible felicidad de gozar de una salud que no me ha sido concedida.

¿Qué placeres podía gustar, tal como era, en el festín de la vida?

De modo que les decía a mis ayudantes:

—Amigos míos, si os preguntan qué es lo que me gusta por encima de todo, contestad que es la salud, y que prefiero a todas las demás a las personas temerarias, dichosas y alegres.

V

Los servicios del gobernador pusieron un funcionario a mi disposición. Estaba encargado de anunciarme a los visitantes, tomar notas y, en caso necesario, comunicarme las señas de los que había que ir a buscar o a visitar para una información. El funcionario había sido escogido para que hiciera juego conmigo: era un hombre de edad indefinida, seco y melancólico. Producía una desagradable impresión, aunque yo le prestaba muy poca atención. Se llamaba, si mal no recuerdo, Ornatski: un nombre magnífico. El nombre de un héroe de leyenda.

Pero he aquí que un día me informaron de que Ornatski estaba enfermo y que habían nombrado a otro funcionario para que le sustituyera.

—¿De quién se trata? —pregunté—. ¿No sería preferible esperar a que Ornatski se ponga bueno?

—¡Oh, no! No se repondrá tan pronto. Ha bebido con exceso y su estado de embriaguez tiene tendencia a prolongarse. Hay que dejarlo al cuidado de la madre de Ivan Petrovitch. En cuanto al nuevo funcionario, no tenéis por qué preocuparos: se trata de Ivan Petrovitch en persona.

Le miré sin comprender. ¿Quién era aquel Ivan Petrovitch *en persona* del cual me hablaban y que me habían citado dos veces en dos frases?

—¿Quién es ese Ivan Petrovitch? —inquirí.

—Ivan Petrovitch... es el ayudante del Registro. Creí que os habíais fijado en él. Es un hombre muy guapo, y todo el mundo se fija en él.

—No, no me había fijado. Pero, ¿cómo se llama?

—¡Ivan Petrovitch!

—Pero, ¿y su apellido?

—Su apellido...

Mi interlocutor se turbó, se llevó tres dedos a la frente haciendo un esfuerzo por recordar, pero inmediatamente me dirigió una respetuosa sonrisa y añadió:

—Perdonadme, Excelencia, me entró una especie de amnesia y no podía recordarlo. Su apellido es Akvilalbov, aunque nosotros le llamamos sencillamente Ivan Petrovitch, o a veces, en son de broma, «El águila blanca», debido a su belleza. Un hombre excelente, muy apreciado por sus superiores. Como ayudante, gana quince rublos y catorce kopeks. Vive con su querida madre, la cual predice el futuro y cuida a ciertas personas. ¿Permitís que os lo presente? Está esperando.

—Bueno, puesto que es necesario, haced pasar a vuestro Ivan Petrovitch.

«El águila blanca —me dije a mí mismo—. ¡Qué raro! El águila blanca... La condecoración que me espera en San Petersburgo...»

Pero mi interlocutor abrió la puerta, diciendo:

—Pasad, Ivan Petrovitch.

No puedo describirle sin incurrir en cierta exageración, sin recurrir a unas hipérboles que juzgaríais excesivas. No obstante, os garantizo que si desplegara todos mis esfuerzos para describiros a Ivan Petrovitch, mi cuadro no pondría de manifiesto ni la mitad de las bellezas del original.

Delante de mí se erguía una verdadera «Águila blanca», una verdadera *Aquila alba*, tal como se la representa en las fiestas de gala en la morada de Zeus. Un hombre alto, fuerte, pero maravillosamente proporcionado y exudando un tal aire de salud que uno imaginaba fácilmente que no había conocido nunca la fiebre ni la enfermedad, el aburrimiento ni la fatiga. Reventaba de salud, pero no de un modo grosero, sino con evidente armonía, con evidente atractivo. La tez de Ivan Petrovitch era de un rosa tierno con unas mejillas rosa intenso, enmarcadas por una cabellera muy rubia y muy rizada. Tenía exactamente veinticinco años. Sus ojos eran azules. Para resumirlo en una palabra, el legendario Bogatyr Tchurile Aplenkovitch^[1] no podía ser más bello. Añadid, además, una mirada franca, alegre, comprensiva, y tendréis la imagen del hombre. Llevaba un uniforme impecable.

Le contemplé unos instantes en silencio. Luego, sabiendo la desagradable impresión que produzco cuando se me ve por primera vez, dije sencillamente:

—Buenos días, Ivan Petrovitch.

—Mis respetos, Excelencia —me respondió con una voz cordial, que me fue muy simpática.

Al tiempo que daba a su respuesta una entonación militar, había sabido matizarla con arte, infundiéndole un ligero acento de familiaridad destinado a facilitar nuestra conversación.

No encontrando ningún motivo para impedir que Ivan Petrovitch continuara en aquel tono, le dije que me complacía mucho conocerle.

—Por mi parte, lo considero un honor y un placer —me respondió, permaneciendo en pie, pero colocándose un paso más adelante de su introductor.

Intercambiamos unas frases amables. El introductor se marchó, mientras Ivan Petrovitch se quedaba en la antesala.

Una hora más tarde le llamé.

—¿Tenéis una buena caligrafía? —le pregunté.

—Tengo un carácter de letra muy firme —me respondió, para añadir inmediatamente—: ¿Queréis que os escriba algo?

—Os lo agradecería.

Se sentó en mi escritorio y un momento después me entregó una hoja de papel en la cual había escrito, con trazos que revelaban «un carácter firme»:

La vida nos ha sido concedida para que la gocemos.
Ivan Petrovitch Akvilalbov.

Lo leí y me eché a reír: ninguna fórmula parecía encajar mejor con él. «La vida nos ha sido concedida para que la gocemos».

Para él, toda la vida era un goce.

¡Aquel hombre era de mi agrado!

Le hice copiar, en mi propio escritorio, un documento sin importancia. Lo copió rápidamente, sin el menor borrón.

Luego nos separamos. Ivan Petrovitch se marchó y yo me quedé solo, entregado a mi enfermiza melancolía. Sin saber por qué, mis pensamientos volvieron entonces a «él», a Ivan Petrovitch. ¡No era probable que él se abandonara a la melancolía, o se quejara! La vida le había sido concedida para su goce. Y, ¿dónde la pasaba tan gozosamente, con sus quince rublos? Sin duda era afortunado en el juego. O, quién sabe si las esposas de los ricos comerciantes... Con su apostura y aquel uniforme, todo era posible.

Estaba sentado delante de un montón de expedientes y de protocolos, pero sólo pensaba en bagatelas que no tenían ninguna relación con mi trabajo...

En aquel momento, mi criado me anunció que había llegado el gobernador.

Salí a su encuentro.

VI

El gobernador me dijo:

—Mañana doy un concierto en mi casa. Me atrevo a esperar que será bueno. Asistirán varias damas. He venido a visitaros y a invitaros a una taza de té. Creo que el distraerse un poco os sentará bien.

—Os quedo muy agradecido, pero, ¿por qué imagináis que tengo necesidad de distraerme?

—Me lo ha sugerido Ivan Petrovitch.

—¡Ah, Ivan Petrovitch! ¡El funcionario que está a mi servicio! ¿Le conocéis?

—¡Naturalmente! ¿Quién no conoce a Ivan Petrovitch? Nuestro latinista, nuestro artista, nuestro corista. ¡Pero no es un aprovechado!

—¿De veras?

—Es feliz como Policrates. No necesita mezclarse en negocios más o menos turbios. En la ciudad, es el favorito de todo el mundo, el elemento indispensable de todas las distracciones.

—¿Músico?

—Es maestro en todo: canto, juego, danza... Ivan Petrovitch está en todas partes. Donde hay un festín, allí se encuentra Ivan Petrovitch. ¿Se organiza una diversión o un espectáculo con fines benéficos? Allí está Ivan Petrovitch. Sabe repartir los lotes y presentar los objetos de un modo atractivo; pinta los decorados, de pintor se convierte en actor, y representa cualquier papel. Resulta maravilloso verle convertido en un rey, en un confidente, en un amante apa-